

El perro africano

por Miguel Fernández-Pacheco

Cuando sonó el timbre de la puerta, llevaba un rato remoloneando en la cama. Hacía casi dos horas que había amanecido, pero nevaba y aún no me apetecía levantarme.

Si *Fido* hubiera estado aquí, haría un buen rato que ambos estaríamos chapoteando por la nieve. Aunque seguía inconsolable por que se hubiera extraviado, el poder haraganear un poco por las mañanas no era desagradable.

Pensé si sería el cartero, que solía pasar así de temprano si el correo era certificado o urgente.

Pero no era el cartero.

A un metro de la puerta, plantado en actitud respetuosa en medio de la nieve, que continuaba cayendo, había un hombre joven, alto y fuerte, de rasgos agradables aunque inequívocamente marroquíes. Quizá le hubiera hecho falta un buen gabán, pero llevaba una cazadora de cuero de cierto abrigo, unos tejanos en buen uso y calzado deportivo más que presentable.

—¿Qué desea? —acabé por preguntar.

De uno de sus bolsillos sacó un periódico de la sierra, tan viejo como manoseado, y me señaló un anuncio por palabras rebordeado con bolígrafo rojo, que, en cuanto empecé a leer, me di cuenta de que conocía muy bien, pues hacía dos semanas que yo misma lo había redactado: «Perdido mastín, muy sociable. Responde al nombre de *Fido*. Se gratificará. Villa Ela. Carretera de los Robles s/n. San Lorenzo de El Escorial».

El corazón me dio un vuelco.

—¿Lo ha encontrado usted? ¿Dónde lo tiene?

El hombre negó con la cabeza, con un gesto que no admitía dudas.

—Entonces, ¿qué quiere? ¿Sabe dónde está?

Volvió a negar enfáticamente.

Transcurrieron unos segundos de tenso silencio. Trataba de mirarme a los ojos sin acabar de atreverse, sonriendo tímidamente. Al fin soltó:

—Yo buen perro. Cuida casa igual. Protege, de noche y de día. Barato. No come más que perro. No cobra nada, igual que perro. Yo no molesta. Yo no ladra. Yo buen perro... perro africano... ¿Señora quiere? —Y se golpeaba el pecho con el periódico.

Mi expresión debía de ser hartamente elocuente porque continuó:

—¿Raro? No raro. ¿Por qué raro? Natural. Señora puede probar. Yo buen perro. Fiel, respetuoso. Mucho respetuoso. Defiende y no molesta. Barato. Buen negocio para señora. Mucho barato. Prueba mí, señora, y no se arrepiente. Yo fuerte y valiente. Prueba mí.

Se quedó callado y serio, mirándome ahora abiertamente, con una expresión tan suplicante que no la pude resistir.

No recuerdo exactamente lo que balbuceé, debió de ser algo así como: «Lo siento, pero no le necesito por ahora». Luego cerré la puerta. Estaba aturdida por completo.

Noté que me había quedado helada, con una bata que no protegía gran cosa del intenso frío.

Puse agua para el café y me fui a

duchar. Cuando salí de la ducha, aunque me sentía algo mejor y había conseguido entrar en calor, aún estaba completamente perpleja. Me vestí, hice el café y me esforcé por desayunar en calma. El marroquí seguía en el jardín, aunque ahora se protegía de la nevada en el cobertizo donde guardaba el coche, en un lugar, qué curioso, que a *Fido* también le gustaba mucho.

Traté de no pensar en él, de concentrarme en mi tesis, desparramada por la mesa del salón, tal como había quedado la noche anterior.

La casa estaba fría. Subí la calefacción. El tipo seguía allí. ¿Debería llamar a la policía? Era lo más sensato, pero no parecía peligroso.

Después de un cuarto de hora de darle vueltas a encontradas ideas, fui de nuevo a la puerta y le llamé:

—Mire, si quiere puede trabajar en el jardín. Está muy abandonado. Venga un día a la semana, el que quiera, y le pagaré lo que se acostumbra por aquí.

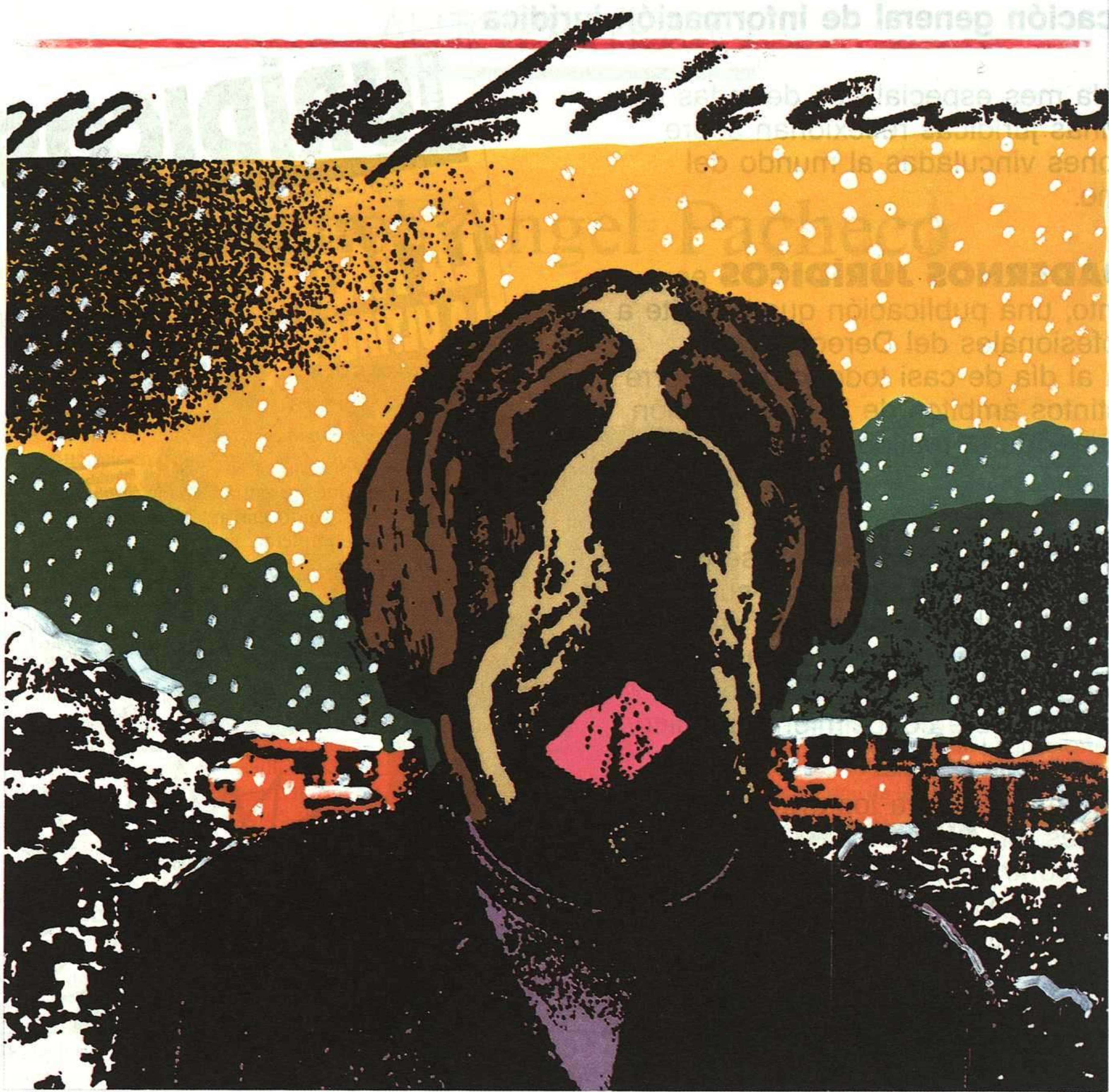
—No, no —exclamó con vehemencia—. Yo no trabajador. Yo perro. Perro no cobra, perro no trabaja. Mucho barato. Prueba mí.

—Pero eso es una locura.

—No locura, señora. ¿Por qué locura? Yo fuerte. Buenos dientes, mire, sano, fuerte —y gesticulaba para subrayar sus palabras, tan expresivamente, que tuve que reírme a mi pesar.

—Señora contenta, mucho bueno. ¿Prueba mí?

—No, no pruebo —repliqué lo más enfáticamente que supe—. Pero, si quiere, le invito a desayunar. Va a co-



MIGUEL ÁNGEL PACHECO.

ger una pulmonía si sigue ahí.

—No, no —contestó taxativamente—. Mí no desayuno. Comida de perro buena para mí. Sobras, cosas viejas, mucho bueno. Carne de lata también. Yo no más musulmán. Yo perro. Donde perro duerme, duermo yo. Cosas sucias de mí, hago fuera, en campo. Yo limpio, fiel. No molesta, no ladra, no habla, sólo vigila.

—Pero eso no puede ser.

—Puede ser. ¿Por qué no? Puede ser. ¿Prueba mí?

Volvía a estar desconcertada. Pensé que lo mejor con los locos era no llevarles la contraria, al menos demasiado abruptamente. Claro que, aquel hombre, a pesar de lo que proponía, no tenía aspecto de loco. Pero su tenacidad me empezaba a dar miedo.

—Tengo que pensarlo, vuelva mañana —le dije por decir algo, me estaba empezando a poner nerviosa.

—¿Mañana? —respondió desolado—. ¿Por qué mañana? Señora piensa hoy. Yo espera.

—Está bien, voy a pensarlo.

Cerré la puerta, esta vez con llave, disimuladamente, y corrí a llamar a la policía.

Llegaron en pocos minutos. Vi cómo le pedían los papeles. Al parecer, los tenían, pero insistieron en llevárselo. No se resistió. Nunca olvidaré su última mirada.

Seguía nevando. ■